www.flacsoandes.edu.ec

ecuador
DEBATE

DICIEMBRE DE 1986 QUITO-ECUADOR

ETNIA Y ESTADO

12

ecuador DEBATE

DIRECTOR: José Sánchez-Parga

CONSEJO EDITORIAL: Galo Ramón, Manuel Chiriboga, Byron Toledo, Jaime Borja, Francisco Rhon Dávila, José Sánchez-Parga.

COMITE DE REDACCION: Alfonso Román, Campo Burbano, Iván Cisneros, José Bedoya, Guillermo Terán, Juan Carlos Ribadeneira, José Sola, Antonio Pineda, José Mora Domo.

COMITE ASESOR: Andrés Guerrero, Hernán Rodas, Juan Pablo Pérez, Francisco Gangotena.

DISEÑO: José Mora Domo

DIAGRAMACION: Vladimir Lafebre.

CAAP

PRECIO 300 SUCRES

PORTADA: OLEO DE WASHINGTON IZA
GALERIA MANZANA VERDE
1.500 EJEMPLARES
IMPRESO EN TALLERES CAAP
FOTOMECANICA E IMPRESION: G.ACOSTA
COMPOSER: GRUPO CIUDAD
CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR
QUITO-ECUADOR

ecuador DEBATE

La Revista Ecuador Debate es una publicación del Centro Andino de Acción Popular —CAAP—, bajo cuya responsabilidad se edita.

Junta Directiva del CAAP: José Laso Ribadeneira, Manuel Chiriboga, Agustín Armas, Francisco Rbon Dávila, Marco Romero.

Director Ejecutivo: Francisco Rbon Dávila.

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica que aparece tres veces al año y cuyos precios son los siguientes:

	Suscripción	*Ejemplar suelto*
América Latina	*US$ 12*	*US$ 4*
Otros países	*US$ 15*	*US$ 5*
Ecuador	*Sucres 850*	*US$ 5*

La dirección postal de la Revista es: Apartado Aéreo 173-B Quito, Ecuador, Oficina ubicada en Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre.

El material sometido para su publicación (artículos, comentarios, etc.) deberá ser canalizado en la medida de lo posible a través de los miembros del Comité editorial

Opiniones y Comentarios expresados por los colaboradores son de responsabilidad exclusiva de estos y no necesariamente de la Revista.

El material publicado en la Revista podrá ser reproducción total o parcialmente, siempre y cuando se cite la fuente que le dé el respectivo crédito.

El símbolo de la revista es el logotipo del Centro Andino de Acción Popular.

indice

BIBLIOTECA FLACSO ECUADOR

FLACSO - Biblioteca

Pág.

EDITORIAL 5

COYUNTURA

IDENTIDAD, MOVIMIENTO SOCIAL Y PARTICIPACION ELECTORAL
Comité Editorial Ecuador Debate 11

ESTUDIOS

ETNIA, ESTADO Y LA "FORMA" CLASE
José Sánchez Parga 25

LA VISION ANDINA SOBRE EL ESTADO COLONIAL
Galo Ramón V. 79

LA CUESTION ETNICA Y LA DEMOCRACIA EN EL ECUADOR
Roberto Santana 101

POLITICAS ESTATALES Y POBLACION INDIGENA
Alicia Ibarra 125

LAS NACIONALIDADES INDIGENAS, EL ESTADO Y LAS MISIONES EN EL ECUADOR
Juan Bottasso 151

ANALISIS Y EXPERIENCIAS

COMUNIDAD, HACIENDA Y ESTADO. UN CONFLICTO DE TIERRAS EN EL PERIODO DE LAS TRANSFORMACIONES LIBERALES
Fernando Rosero G. 163

R224-305

DE REGIDORES Y ALCALDES A CABILDOS. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA SOCIO-POLITICA DE UNA COMUNIDAD INDIGENA DE CAJABAMBA/CHIMBORAZO.
Carola Lentz 189
YANAURCO 1984-86: LAS CARAS OCULTAS DEL CONFLICTO ETNICO
José Sánchez-Parga, José Bedoya 213
"COMO INDIGENAS TENEMOS NUESTROS PLANTEAMIENTOS POLITICOS"
Entrevista a Alberto Andrango 247

DEBATE BIBLIOGRAFICO

DE LA CAZA ETNOGRAFICA A LA CONSTRUCCION ANTROPOLOGIA
José Sánchez Parga 261

LAS NACIONALIDADES INDIGENAS, EL ESTADO Y LAS MISIONES EN EL ECUADOR

Juan Bottasso

LA COLONIA

Para tratar este tema, obviamente, habría que partir del momento en que el Ecuador comenzó a existir como estado, es decir, desde la independencia. Pero no resulta superflua una palabra sobre la situación de la época anterior, en cuanto puede ayudar a comprender lo que ha sucedido en el último siglo y medio.

Durante la Colonia era muy común llamar "naciones" a los grupos indígenas, pero simplemente en cuanto entidades humanas homogéneas, que tenían en común un territorio, una tradición y un idioma. El término en ningún momento sugería la más remota posibilidad de autodeterminación.

En la mentalidad colonial lo político y lo religioso formaban una unidad indisoluble, así que las misiones fueron vistas como un instrumento para extender el sometimiento a "ambas majestades", la de Dios y la del Rey. El p. Bernardino Izaguirre, en su monumental "Historia de las Misiones Franciscanas del Oriente Peruano" expresa de manera suficientemente clara este concepto: "La madre España de los siglos XVI, XVII, y XVIII dio a sus hijos de América una civilización estrechamente vinculada con la Religión Católica; de suerte que la herencia propiamente monumental que América recibió de España, forma un solo cuerpo y una sola alma con la religión, tal como se entendía y practicaba en aquellos siglos de fe

esplendorosa en España. Esta unidad y compenetración existe en la legislación de Indias y en las instituciones públicas provenientes de aquella legislación; existe en el mecanismo orgánico de las universidades, en el trabajo profesional de los misioneros, que son agentes de la Religión y del Estado, predicadores, teólogos y geógrafos"(1).

Los misioneros se sentían, en primer término, portadores de "civilización", porque esta era considerada la condición previa e indispensable para hacer del indio un verdadero hombre y de éste un cristiano. No se concebía que en el imperio americano pudiera subsistir alguien —peor un grupo— que no fuera bautizado y súbdito de su Majestad Católica. En esta perspectiva, obviamente, nadie proyectaba fortalecer las "nacionalidades" en contraposición al poder de la Corona. Tampoco lo hicieron los Jesuitas de las Reducciones, cuyos esfuerzos apuntaban a formar algo así como una "república cristiana" que defendiera a los indios y se apoyara en cierto tipo de valores, de organización y de disciplina, pero no en la exaltación de los autóctono y menos de lo autónomo.

LA REPUBLICA

Cuando, sobre los escombros del imperio ibérico, se establecieron las repúblicas americanas, para los indígenas las perspectivas cambiaron, pero sin mejorar. Los conceptos de igualdad, libertad y fraternidad, heredados de la Revolución Francesa, fueron extendidos hasta ellos sólo para aplicarles, de manera uniforme, una ley que no los favorecía, porque no tenía en cuenta su manera de ser y su historia. Para hacer un ejemplo, pensemos en el problema de la tenencia de la tierra: tratarlo con el criterio de la legislación y la mentalidad occidental equivale a despojar al indígena.

Otro ejemplo: el fortalecimiento del concepto de estado. Esto los obligó a aceptar una serie de esquemas bastante rígidos, que se orientaban exactamente en el sentido opuesto a la exaltación de las nacionalidades. Se comenzó a hablar de "patria" y promover, a través de la escuela y de otros mecanismos, un fuerte sentido de perte-

(1) Izaguirre, B., La Misión Franciscana de Zamora, Ed. Mundo Shuar 1978. p. 55.

nencia a la misma; a hablar de fronteras sagradas, que para los indios resultaban tanto más absurdas, en cuanto casi todas partían por el medio alguna etnia; a hablar de cultura y de lengua "nacional", que automáticamente volvía marginales y apenas toleradas las que eran propias de un grupo... .

Por un largo período para los indios no se habló ni siquiera de integración, como se hace ahora, cuando los estados tienden a volverlos productores y consumidores dentro del sistema económico vigente. Ni conservadores ni liberales avizoraron otra cosa para los indios serranos, que no fuera su inserción sumisa en el sistema de la hacienda, como mano de obra casi gratuita. De los indios amazónicos se habló muy poco en las primeras tres cuartas partes del siglo XIX. Se comenzó a tomarlos en cuenta cuando el auge cauchero atrajo de todas partes una muchedumbre de aventureros y de comerciantes que remontaban todos los ríos desde el Amazonas y se comenzó a temer seriamente por la integridad del territorio. Para una región carente de vías de penetración y de las más indispensables estructuras para poder vivir, el estado no encontró otra solución que la que había utilizado la Colonia: instalar unas organizaciones religiosas, que inspiraran en sus miembros una mística suficiente como para vivir en áreas tan inhóspitas.

REINSTALACION DE LAS MISIONES

El 6 de Octubre de 1888, por mandato de las Cámaras, el Presidente José Antonio Flores pedía formalmente al Papa León XIII la erección de Cuatro Vicaristas Apostólicos en el Oriente Ecuatoriano. Entre otras cosas el mandatario decía al Papa: "Uno de los cuidados principales que siempre ha preocupado al Gobierno del Ecuador ha sido el de atender a la evangelización y cultura de las numerosas tribus salvajes que habitan los apartados y extensos bosques del territorio amazónico, parte, por desgracia, todavía inculta de la república. . . El cargo de Vicarios Apostólicos de aquellas regiones recaiga siempre en misioneros investidos del carácter episcopal, que indudablemente, por la plenitud de las gracias sacerdotales de que goza, comunica al apostolado poder y ascendiente irresistible"(2):

(2) Ibidem, p. 61-62.

El Papa contestaba: "Nada más digno de varones cristianos y de sabios gobernantes de la sociedad, nada igualmente más útil para todas las repúblicas, que el constante empeño en procurar que esa multitud ingente de hombres que viven próximos a vuestras ciudades y pueblos, disipadas las tinieblas de la ignorancia y depuesta la bárbara aspereza de costumbres, sean ilustrados con la luz de la doctrina evangélica, al mismo tiempo que atraídos a la humana civilización y cultura(3).

Alguien podría estar tentado de citar estas palabras para comprobar que las misiones han tenido siempre un plan conscientemente etnicida, utilizadas en esto por los distintos gobiernos. Este "alguien" no haría un gran descubrimiento porque textos como éste los puede encontrar por miles, a todos los niveles y hasta en épocas muy cercanas a la nuestra. Una mentalidad de este tipo no fue seguramente monopolio de los católicos, ni de los misioneros. En aquella época y por muchas décadas más, todos, absolutamente todos: liberales, conservadores, clérigos y anticlericales. . . pensaban que la civilización era una sola, la occidental, y que un hombre podía considerarse tanto más hombre cuanto más se acercara al modelo occidental. Más tarde los marxistas no demostraron seguramente mayor apertura en este campo.

Los gobiernos liberales podían tolerar solamente a unos misioneros que fueran "progresistas", es decir que lucharan para desarraigar costumbres y lenguas bárbaras. Se me permita una autocitación: "Tuvieron que pasar muchos años, tuvo que progresar mucho la antropología, junto con varias otras ciencias humanas, tuvieron que levantarse los pueblos del Tercer Mundo, para hacer tomar en cuenta que el entusiasmo por cierta "ciencia" era muy simplista y la visión unívoca de la 'civilización' era, cuando menos, discutible"(4).

Para los creyentes los indígenas, especialmente amazónicos, vivían en un estado deplorable, por carecer de religión. Valgan un par de textos escogidos entre muchos, para probar esta afirmación. "Los Jíbaros viven en aquella completa libertad natural, tan funesta al cuerpo como al alma, pues de ella viene la poligamia, sin que la vi-

---

(3) Ibidem.

(4) Bottasso J., Los Shuar y las Misiones, Ed. Mundo Shuar 1982, p. 101.

gilancia y afanes de los párrocos puedan bastar a contenerla, resultando de aquí la repugnancia a abrazar la Religión cristiana, y por consiguiente el estado de esclavitud y abyección de las mujeres, víctimas del ocio, inconstancia y livianidad de los varones; pudiéndose afirmar que estas tres pasiones forman el carácter distintivo de estos infieles"(5). "Era reservado al salvaje, dice un autor inglés, mostrar al mundo hasta qué punto de abyección Satanás pudo reducir las hijas de aquella Eva que él indujo a la culpa con la desobediencia; era reservado al jíbaro, sobre todo, hacer pesar sobre estas desdichadas criaturas todos los males de un paganismo envejecido en la corrupción"(6).

Para la mentalidad liberal y progresista los indígenas eran grupos humanos que se habían estancado en su evolución. Para todos los hombres bien intencionados (y estos no son siempre la mayoría) el mejor acto de interés y amor por ellos era hacer lo posible para sacarlos de su condición. Nunca faltaron los que proponían medidas drásticas. García Moreno fue el último en sugerir oficialmente una solución armada al problema de los indígenas más hostiles y beligerantes. "No está lejos el día en que tengamos que perseguirla (la raza jíbara) en masa a mano armada, para ahuyentarla de nuestro suelo y diseminarla en nuestras costas, dejando libres a la colonización aquellas fértiles comarcas. Para estas y otras partes despobladas de nuestro territorio, obtendremos en breve una inmigración de alemanes católicos, si dais al gobierno la autorización y los fondos necesarios"(7).

Esta mentalidad pervivió hasta muy entrado nuestro siglo. Basta pensar en ciertas reacciones frente al rechazo de los Huaorani a la penetración de los petroleros y a raíz de la muerte de los cinco misioneros de I.L.V. Sin tomar sin embargo estas posiciones como mayoritarias, me parece aún muy generalizado el convencimiento que a los indios "salvajes", con las buenas o con las malas, hay que reducirlos al buen camino.

En las primeras décadas de nuestro siglo, cuando resultaba su-

(5) Informe del Em. Sr. Fr. Manuel Plaza, obispo de Cuenca, sobre el viaje de exploración a Gualaquiza, del 25 de Nov. de 1852, en Landivar M.A., Gualaquiza, Bomboiza y Zamora a comienzos del siglo XIX, p. 47.

(6) Guzmano, C., en BOLETIN SALESIANO (1904), p. 255.

(7) García Moreno, G., Escritos y Discursos, p. 280.

mamente difícil para el personal misionero foráneo entrar al país, las misiones católicas tuvieron que hacer auténticas acrobacias para convencer a los gobernantes que su presencia, lejos de ser peligrosa, resultaba muy rentable desde el punto de vista patriótico, en cuanto resguardaba las fronteras y anexaba enteras regiones orientales al progreso.

El salesiano P. Albino Del Curto, por ejemplo, gastó una vida entera para abrir un camino que uniera Cuenca con el Sur Amazónico y facilitara la penetración de colonos mestizos. El, como muchos otros misioneros, esperaba que el contacto "civilizara" al jíbaro y lo insertara así en el conjunto de la nacionalidad. Es lo que expresaba el diario EL UNIVERSO en su editorial del 18 de septiembre de 1944: "Habría que procurar una difusión mayor de las misiones religiosas junto a una organización de colonos bien intencionados, que cooperen con ellas en la obra de redimir al indio de su estado bárbaro y formar con él la avanzada ecuatoriana que cuide las fronteras y denuncie la firmeza de nuestros derechos"(8). El obispo de Cuenca ya por los años veinte había dedicado un par de cartas pastorales a exaltar y recomendar la iniciativa.

Velasco Ibarra, con gran realismo político, durante su primera presidencia hizo suya la iniciativa de utilizar a las misiones católicas como instrumento para el progreso del Oriente y la defensa de las fronteras. El es el primer presidente que en el siglo XX estipula un contrato con una misión religiosa, encargándole explícitamente la tarea de civilizar al indio amazónico. He aquí algunas cláusulas del contrato firmado con los Salesianos en 1935: "La Misión Salesiana se compromete a cumplir con las siguientes condiciones: a) Procurará en lo posible agrupar a los indígenas de las diferentes secciones establecidas en las cláusulas anteriores. . . b) tan pronto como le sea posible, establecerá en cada una de las poblaciones de que habla la letra a) de este artículo una escuela de indígenas en la que despertará el interés por la cultura en el indio, dándole nociones elementales en castellano, geografía, historia, etc., etc. De manera especial se inculcará en el indígena el amor patrio. c) fomentará la agricultura. . ."(9).

---

(8) Título del editorial: El Oriente Ecuatoriano y la Misión Salesiana.

(9) Archivo Histórico Misiones Salesianas / X, 7; pp. 19-20.

Este convenio fue renovado en 1944 y, de alguna manera, sirvió de modelo para los que se establecieron con otras misiones católicas. Entonces ¿la iglesia ha sido siempre y sólo un instrumento de dominación de la población indígena?. Es evidente que cierta utilización en este sentido la hubo, pero no se podría reducir al papel de tontos útiles la presencia de tantos misioneros en las selvas orientales. Ellos, en primer lugar, emprendieron este papel "civilizador" porque así se lo sugería su conciencia en ese preciso momento histórico. Además no fueron simples domesticadores. Las iniciativas en el campo sanitario y educativo (aún con enfoques hoy discutidos), la lucha contra los abusos de mercaderes y hacendados (Napo) ha ayudado a muchos grupos a sobrevivir y a afrontar, en su momento, el problema de la organización y de la autodefensa.

En las últimas décadas el panorama ha cambiado. Muchas misiones católicas (no todas!) han tomado su distancia de los centros de poder que las quieren doblegar a sus intereses y han asumido una posición no sólo crítica, sino de autocrítica. No es éste el caso de todas las iglesias evangélicas, especialmente las llamadas sectas: tanto es así que muchos gobiernos latinoamericanos, por evidente presión o insinuación del Norte, las utilizan nuevamente para la vieja tarea. Pero en muchísimas partes las nacionalidades indígenas han encontrado en las misiones un aliado confiable. Casi no existe organización indígena en la Sierra, la Costa o la Región Amazónica, que, de alguna manera, no haya tenido una estrecha vinculación con un ambiente eclesial, por lo menos en sus comienzos. Para limitarnos al Ecuador, basta pensar en la Federación Shuar, en ECUARUNARI o en la figura paradigmática del obispo Leonidas Proaño. Igualmente del seno de la iglesia han partido algunas de las iniciativas más logradas en el campo de la educación bicultural y del rescate de valores tradicionales, a través de centros de documentación y de publicaciones (Escuelas Radiofónicas de Riobamba, Abya-yala, C.I.C.A.M.E., etc.). Con ocasión de la visita del Papa en enero de 1985, se vio en Latacunga la mayor concentración de indígenas de toda la historia del Ecuador y se encontraron por primera vez en un solo lugar delegaciones muy numerosas de todas las naciones indias.

Este problema del reconocimiento de sus nacionalidades los in-

dígenas lo plantean en un momento en que el asalto a su mundo es más brutal que nunca, a través de mil instrumentos: desde cierto tipo de escolarización a la colonización masiva a la explotación minera y maderera. . . En este momento el Evangelio no puede ser un elemento más de imposición, sino el fermento que exalta la dignidad del hombre y fortalece los lazos que unen a los grupos.

Pero hoy el problema es otro. No sólo ha dejado de ser tabú hablar de "nacionalidades" y de autodeterminación, sino que estas palabras se han puesto de moda y esto es muy peligroso. Para castrar una idea audaz y volverla inócua no hay camino más seguro que reducirla a eslogan y comenzar a usarla indiscriminadamente, como paradigma de progresismo. Hoy quien no habla de autogestión indígena, de bilingüismo, de educación intercultural, de rescate de valores autóctonos, pasa por superado y no hay nada que horrorice tanto a los jóvenes intelectuales como esta eventualidad. Pero ¿qué quiere decir exactamente todo esto? Me refiero especialmente a la autodeterminación. La idea está genéricamente aceptada por medio mundo. Lo que falta es saber hasta dónde puede llegar realísticamente su aplicación. Falta aún mucha reflexión para aclarar los términos del problema. El estado moderno ha aceptado la idea de clase y ha permitido que se elabore todo un andamiaje jurídico para que las clases se organicen, con el fin de reivindicar sus derechos.

Pero la idea de "nacionalidad" es mucho más compleja y cuestiona mucho más a fondo la estructura del estado. Este estado que hoy conocemos es el producto de siglos de evolución. Las repúblicas americanas han heredado este concepto cuando había recorrido ya una larga trayectoria y había recibido los aportes borbónicos y napoleónicos, que lo encausaron hacia una centralización administrativa siempre más marcada.

Que el Ecuador sea un país plueriétnico, pluricultural y pluriidomático no es un manifiesto político, sino simplemente una realidad. Pero traducir esta realidad en hábitos mentales, definiciones jurídicas y programas educativos implica obviamente poner en discusión muchos conceptos que se han escuchado en las clases de cívica o en las celebraciones patrias.

No quiero detenerme en analizar esta problemática, porque saldría del argumento señalado por el título, pero veo la necesidad de plantear seriamente los alcances concretos de algunas afirmaciones

de principio. Toda política —también la indigenista— es la ciencia de lo posible y practicable. Hay que estudiar con mucho realismo cuáles son los pasos por dar en los distintos sectores para realizar una autodeterminación que resulte provechosa para las nacionalidades indígenas.

Quiero terminar con un par de acotaciones. Primera: el pluriculturalismo y la existencia de minorías étnicas no es exclusivo de los países americanos, sino de todos los continentes. Es algo, por ejemplo, muy sentido hoy en Europa. Los indios, en su lucha para lograr un espacio dentro de los países de que han llegado a ser parte, muchas veces sin haberlo pedido, pueden valerse también de la experiencia de otros pueblos del mundo.

Segunda: en esto la iglesia tiene una palabra que pronunciar, además de la proclamación enérgica del respeto por la dignidad de la persona y de los grupos, parte fundamental del mensaje que ella proclama. Y es todo el capítulo de la teología, aún poco desarrollado, que nos dice como Dios ha hablado a todos los pueblos y ha estado presente en su historia, como lo afirmaron los obispos misioneros en Bogotá, en 1985. En las comunidades indígenas, dijeron ellos, "se encuentra, no sólo la semilla del Verbo, sino la presencia de Cristo pobre y crucificado, que. . . quiere salir a la luz, crecer, resucitar también a estas comunidades despreciadas y oprimidas"*. Este puede ser el punto de arranque de posiciones prácticas de sumo interés.

Pero, entonces, los miembros más comprometidos de la Iglesia —los misioneros— no deben ir simplemente a remolque de las opiniones corrientes. Ellos deben ser pioneros en la reflexión libre y en la toma de posiciones valientes, para no reducirse, una vez más a ser cajas de resonancia de los criterios de las clases dominantes, antes que portadores de la "buena noticia".

En 1492 a los indios americanos no les llegó una "buena nueva", sino el anuncio del comienzo del exterminio. Para aquellos que, a pesar de todo, han quedado, la iglesia, de cómplice del etnocidio, debe convertirse en solidaria en las luchas de liberación.

---

* La Evangelización de los Indígenas en víspera del medio milenio del Descubrimiento de América - Opciones episcopales, Bogotá, 16 de sept. de 1985.